

Francia fuese débil, impotente, flotante, en el estado bastardo de una monarquía casi inglesa. Bajo un déspota era fuerte; República era fuerte también. Con la unidad de principio y la simplicidad de gobierno se hacía formidable. Esto mismo era lo que hacía creer á los constitucionales (Barnave lo dice expresamente) que la Francia constitucional, á la manera como ellos la querían, ocupada por completo en el interior buscando un imposible equilibrio entre la vieja ficción real y la nueva realidad, entre la vida y el ensueño, sería tolerada por Europa. Y habría sido menester, en efecto, ser bien malvado para incomodarse contra un viejo pueblo joven, imbécil que habría permanecido balbuciente en una chochez eterna, tambaleándose y balanceando la cabeza en el limbo de los niños.

Esto es lo que convenía á Mr. Pitt y no podría disgustar á la vieja Austria y al viejo príncipe de Kaunitz, con ochenta y dos años á cuestas y más joven todavía que su amo Leopoldo, que tenía cuarenta y cuatro. Este, ya caduco en medio de su serrallo italiano que había transportado á Viena, no tenía más que una aspiración, gozar siempre á despecho de la naturaleza. Le quedaban algunos meses de vida y quería aprovecharlos despertando, usando sus facultades debilitadas por medio de excitantes mortíferos que él mismo se fabricaba. A tal emperador, tal imperio: el Austria estaba también enferma, y si había logrado levantarse después de su última crisis, lo debía al uso de excitantes no menos funestos.

El encarnizamiento del placer no es un rasgo particular de Leopoldo. Es común en todos los príncipes del siglo diez y ocho. Solicitados por ideas contradictorias, medio filósofos, medio retrogradados fatigados del divorcio que luchaba en su espíritu, prescindían voluntariamente de las ideas y buscaban en el abuso de los sentidos el olvido, la muerte anticipada. De aquí los extraños caprichos de Federico y de Gustavo, tomados de la antigüedad; de aquí las trescientas religiosas del rey de Portugal; el parque de los ciervos de Luis XV, los trescientos cincuenta y cuatro bastardos de Augusto de Sajonia, etc., etc.: Ahora bien; haciéndose contrario á la naturaleza el gobierno de uno solo; no siendo más que una ficción en Europa (el rey moderno es la burocracia) ¿qué hubieran hecho la mayor parte de los príncipes de su energía personal? Aún les decían que eran dioses; pero ejerciendo poco de hecho, esta divinidad la buscaban incesantemente en la pasión, en la epilepsia del placer. El siglo diez y ocho estudiado en las costumbres de sus reyes y en la destrucción de cuerpo y de corazón que se hacían ellos mismos, puede ser considerado como el suicidio de la monarquía.

Austria, que políticamente es un monstruo, un Jano, de raza y de ideas, Austria devota y filósofa, imponía á su príncipe una fatal hipocresía, una máscara pesada que ellos se apresuraban á quitarse en cuanto estaban en la intimidad. El aburrimiento mortal les sumía en el mortal abismo de los sentidos. Alguna decencia en la superficie, pero

un rasgo permanente revela el fondo, un signo eminentemente sensual: el labio austriaco. La gazmoña María Teresa se reveló en sus hijos, contenida y graciosa todavía en María Antonieta: libertina en Leopoldo; atrevida y desbordada en la reina de Nápoles, en su bacanal al pie del Vesubio.

Austria enervada, no podía aconsejar á la reina por conducto del anciano Kaunitz otra cosa que la política expectante que le aconsejaban Barnave y los constitucionales. La intención era evidentemente distinta; pero las palabras eran la mismas. Creo que Barnave era leal; no creía que Francia pudiera soportar un gobierno más democrático. Su ideal no era una constitución como la inglesa, no quería cámara alta ni conceder al rey la facultad que tiene en Inglaterra de disolver la Asamblea. Así lo dice en sus últimos escritos que tienen la autoridad del testamento de un muerto.

¿Que querían Kaunitz y Leopoldo? Ahora nos damos cuenta de ello. En primer lugar tener á Francia encerrada en un cordón sanitario que poco á poco se iría apretando, rodearla de un espeso muro de bayonetas, *de un círculo de hierro*, esta es su frase. Durante este tiempo, el rey, en el interior ejecutaría literalmente la Constitución de tal manera que demostrara que era inejecutable. La Constitución, ahogada por esta estrecha interpretación literal, *ejecutada* en el sentido propio como la víctima por el verdugo, los franceses se cansarían pronto de ella: «tienen la cabeza ligera». Introducirían otra moda; la libertad pasaría (como el café y Racine, según madama de Sevigné). Se trataba de ganar tiempo, de dejar que Francia se enfriara y se hastiara de una Revolución imposible; hacer que perdiera el primer momento *de la furia francesa* que siempre es peligroso. Fascinada por negociaciones capciosas, amenazadoras á veces, deslumbrada y como atontada por las vueltas y revueltas que darían á su alrededor los micos de la aristocracia, caería con la cabeza baja, como un pájaro aturdido entre las patas de las zorras. Entumecida, perezosa, enervada por la corrupción y las mentiras acabaría por dejarse manejar y entonces, insinuaban finamente los Kaunitz y los Mercy, aun podría hacerse más. La Revolución de Polonia sería entonces aplastada; Rusia, teniendo la presa en los dientes, no mordería á Alemania. El emperador y el rey de Prusia se verán forzados á obrar más directamente.

Esto hace que se comprendan perfectamente las contradicciones aparentes. La reina respondía á Kaunitz y á Barnave lo mismo: Sí, les decía cuando pedían la *Constitución*. Solo que para el segundo la Constitución era el objeto sobre el que Francia debía asentarse en la libertad; mientras que para Kaunitz era el circuito por el cual debía pasearse, fatigarse, para llegar cansada y rendida, al reposo del despotismo.

Este equívoco lo explica todo. Se hallaba vacante el ministerio de Marina, la corte eligió como ministro á un contrarrevolucionario hipócrita, Bertrand de Molleville, y el rey y la reina en su primera au-

diencia le declararon que era preciso cumplir la Constitución, nada más que la Constitución. El rey recibió no obstante mal una memoria que en este sentido le envió Dumouriez. El hermano de madama Campan, agente de Francia en San Petersburgo, escribía á su hermana que él era sinceramente constitucional, y la reina que vió la carta dijo: «que aquel joven estaba *extraviado*, que su hermana debía contestarle con hábiles advertencias». El pensamiento real de la corte, descubierto aquí por una palabra, se reveló por un acto: cuando en Julio pensaba la Asamblea en enviar comisionados á las provincias antes de las elecciones, el jacobino Buzot se opuso y se dió el sorprendente espectáculo de ver á Buzot apoyado por Dandré, el hombre de la corte. Más tarde, cuando las elecciones municipales, presentándose el constitucional Lafayette en competencia con el jacobino Petion, la reina dijo á los realistas que votasen al jacobino, á aquel cuya violencia debía empujar con más viveza la Revolución á su término y cansar de ella más pronto á Francia.

Esto tuvo lugar en Noviembre, y fué el término en que Barnave debió comprender por fin, en que debió penetrar el verdadero sentido de la palabras que ella le daba.

Ella no se había atrevido á volverle á ver hasta el 13 de Septiembre, día de la aceptación. Después le recibió, pero siempre con misterio, con frecuencia de noche y ella misma esperaba á la puerta para abrir como ya hemos dicho. ¿Estaba siempre Luis XVI al paño? Hay motivo para creerlo; la camarera sin embargo no lo dice expresamente. Septiembre, Octubre total dos meses, tal fué el reinado de Barnave que pagó con la vida. En Noviembre, convencido de la poca influencia que él conservaba en la opinión y en la Asamblea, la reina ya no le guardó consideración alguna ni tampoco á los constitucionales é hizo votar contra ellos á los realistas, contra los que Barnave apoyaba. Corto favor, bruscamente retirado sin miramiento ni respeto humano; él se volvió destrozado á su desierto de Grenoble. El rey, á pesar de su educación jesuítica y de la doblez común á los príncipes, tenía un fondo de honradez que le impedía hacerse buen cargo del plan demasiado ingenioso de destruir la Revolución por la Revolución misma. La única persona á quien él amaba, la reina, no tenía sobre él más que una influencia exterior, en cierto modo superficial. De corazón pertenecía á los curas lo mismo que madama Isabel. Podían conseguirse de él algunas mentiras políticas, algunas falsas exterioridades, hacerle dar torpemente algunos pasos en la imitación de la monarquía constitucional; en el fondo era siempre el rey anterior al 89. Estaba en relaciones directas con las potencias. En el 90 tenía á Flachslanden en Turín, cerca del Conde de Artois. Hasta Junio del 91 Breteuil negociaba por él con el emperador y los otros príncipes. En Julio, aunque había dado sus poderes escritos á Monsieur, no prescindía de los agentes de éste; tenía cerca del rey de Prusia, junto al embajador constitucional, á un ministro particular suyo, el vizconde de Caraman. Estos agentes, la mayor parte de ellos

muy indiscretos, eran conocidos de todo el mundo, tanto, que en el año 90 Mr. de Segur, nombrado embajador en Viena, declaró que, como Mr. Breteuil gozaba ya de la confianza personal del rey en aquel puesto, no podía aceptarlo.

Luis XVI no tenía en manera alguna la habilidad que su situación exigía. Alemán y de la casa de Sajonia por su madre, no tenía solamente la obesidad sanguínea de aquella casa, si no que también tenía de su raza violentos arranques de brusquedad alemana. Su hermana las tenía asimismo y más frecuentes; estaba menos habituada á contenerse, era más sencilla y más sincera.

El plan moderado constitucional de Desmoulinier, y otro de un secretario de Mirabeau, tuvieron mala acogida de parte del rey. En cambio aceptó un discurso altanero, vehemente, que el americano Morris había escrito particularmente, y cuyo estilo había sido corregido por Yergasse; no se atrevió á servirse de él, pero mandó decir al autor que más tarde constituirá su regla de conducta. Cosa extraña, Morris, hombre de negocios y banquero, que más adelante fué ministro en los Estados Unidos, hombre al parecer positivista y grave, hizo entregar aquel documento á una niña, á Madama, la hija del rey, que tenía trece ó catorce años. Apasionada, violenta, altanera, impresionada fuertemente con la humillación de su familia, sobre todo después de lo de Varennes, aquella niña debía ejercer alguna influencia sobre su padre y sobre su tía, á quienes se parecía mucho más que á su madre.

La lucha sostenida en el seno de la familia real entre los partidarios de la astucia y los de la violencia, el combate de influencias interiores, los planes contradictorios que se forjaban en el exterior, torturaban el ánimo del rey, oscureciendo su espíritu. Por otra parte comprendía que existía en su conciencia un punto delicado al llegar al cual le sería imposible fingir más, y entonces, con seguridad, sería aniquilado. Así lo comprendía el mismo. El 8 de Agosto del 91, decía á Mr. de Montmorin, quien á la vez se lo refirió á Morris: «Bien sé que estoy perdido. Ahora todo lo que se haga, que se haga por mi hijo.»

Juzgaba mucho mejor que la reina la impotencia de los constitucionales y consideraba á la Constitución del 91 como el acabamiento de la monarquía. Una simple cuestión de etiqueta, poco grave en apariencia, reflejó su propio pensamiento de un modo tan expresivo, que no pudo contenerse y se desbordó su corazón. El día de la aceptación de la Constitución, el 13 de Septiembre del 91, al levantarse el presidente (era Thouret) para pronunciar su discurso y ver que el rey le escuchaba sentado, creyó que también él debía sentarse. Thouret era, como todo el mundo sabe, un hombre muy moderado; pero en aquellas graves circunstancias en que se trataba de una especie de contrato entre el rey y el pueblo, quiso, con aquel acto, hacer constar la igualdad de las dos partes contratantes.

«Al regresar de la sesión, dice madama Campan, saludó la reina á

sus damas con precipitación, y entró muy conmovida. El rey entró en las habitaciones de la reina por los departamentos interiores; estaba muy pálido y sus facciones fuertemente alteradas. La reina dió un grito de asombro al verle así. Creí que estaba enfermo. Pero cuál fué mi dolor cuando le oí exclamar, arrojándose sobre un sillón con el pañuelo en los ojos: «Todo está perdido... ¡Ah señora! ¡Y habéis sido testigo de esta humillación! ¡Cómo! habéis venido á Francia para ver...» La reina se arrojó á sus pies y le estrechó entre sus brazos. Media hora después me hizo llamar la reina para que anunciase á Mr. de Goguelat que partiría aquella misma noche para Viena. El rey acababa de escribir al emperador. La reina no tenía esperanza en el interior, etc.»

Aquel mismo día (13 de Septiembre) ó al siguiente, volvió la reina á ver á Barnave por primera vez después del regreso de Varennes. Se reanimó algo con su presencia, confiando en la influencia que los jefes de la Constitución tendrían sobre la nueva Asamblea.

¿Qué había escrito Luis XVI al emperador? Fácil es de adivinar: la expresión de su despecho, el relato de su humillación, el ultraje hecho á la monarquía.

De modo que antes que la notificación oficial en que anunciaba el rey su aceptación, había salido la carta confidencial que la desmentía. Europa estaba advertida de lo que debía pensar acerca de la comedia constitucional; en la misma acta del contrato solemne entre el rey y el pueblo, encontraba la pretendida injuria que anulaba el contrato. No hay que extrañar el que las potencias contestasen de una manera insolente y burlesca, ó á lo menos afectaran responder á la persona de Luis XVI y en manera alguna á la Francia.

El rey se dirigía mejor á los reyes que á los emigrados. Se fiaba poco de sus hermanos. Conocía bien, sobre todo después del asunto de Favras, la ambición personal de Monsieur, los consejos que recibía para que procurase el destronamiento de Luis XVI. A Monsieur, como regente de Francia, se dirigió la emperatriz de Rusia en Octubre del 91, enviándole un ministro. Acaso lo que molestaba al rey más aún era la ligereza cruel de los emigrados, que fuera de Francia, sin peligro alguno, habían hecho burla de la desgracia de Varennes, escribiendo canciones «al cochero Fersen.» El rey se enteraba de estas burlas por los diarios de París.

Los emigrados no se contentaban con haberle abandonado; aumentaban sus peligros con sus arrebatos irreflexivos. Pidieron brusca y aturdidamente al general patriota que mandaba Strasburgo, que les entregase la plaza. El rey tenía interés en que todos los torpes campeones de su causa que sin sombra de peligro pretendían trabajar por él, estuvieran alejados de la frontera. Creo que firmó con sinceridad la carta que sus ministros, Dupont-Dutertre y Montmorin, escribieron para llamar á los emigrados, y aquella en que rogaba á las potencias que disolvieran el ejército de la emigración (14 Octubre del 91).

El punto en que el rey estaba en desacuerdo profundo, irreconciliable con la Revolución, era la cuestión de los curas. La venta de los bienes eclesiásticos, la reunión de Avignon, el juramento cívico que se les exigía, eran las tres cuestiones que atormentaban su corazón. Probablemente, si se conociese la historia de su conciencia, de sus confesiones y de sus comuniones, se vería que le ocasionaban más disgustos sus directores que toda la Asamblea y toda la Revolución.

¿Cómo le tasaban la facultad de engañar y de mentir sobre tal ó cual asunto? ¿A que precio pagaba en el confesionario la duplicidad de sus actos casi revolucionarios? Lo único que se sabe es que respecto al artículo de los bienes de los curas y á la represión de los sacerdotes rebeldes, eran inflexibles los curas con su real penitente.

Sin embargo, la Asamblea constituyente había trabajado mucho para atraérselos. Su último acuerdo fué asegurar la pensión de los que no disfrutasen ningún beneficio público. Sus disposiciones referentes á los refractarios fueron muy benignas. Tenían abiertas un gran número de iglesias para que pudiesen celebrar en ellas la misa con toda libertad; solo en una parroquia de París, la de Saint-Jaques de Haut-Pas, tenían siete. El clero constitucional les recibía perfectamente en sus iglesias. En ellos estribaba tan solo el aceptar un reparto como el celebrado hace tiempo en el Rhin entre dos comuniones tan diferentes como son los protestantes y los católicos; en una misma iglesia celebraron en horas diferentes los unos y los otros. ¿Por qué persistir aquí, donde las dos partes eran católicas, separadas no por el dogma, sino por una cuestión disciplinaria, en aquel obstinado divorcio? Los curas ciudadanos, por lo menos, no tuvieron la culpa; algunos de ellos llevaron hasta los últimos límites la deferencia fraternal, la abnegación y la humildad. En Caen el cura constitucional se ofreció á ayudar la misa al refractario, y éste, abusando de la humildad de su rival, le tuvo á sus pies y le enseñó con insolencia, haciendo ver que aquel acto cristiano era una expiación.

Los curas refractarios, estrechamente ligados con el rey, con la emigración, con los nobles no emigrados, con los magistrados constitucionales y fayettistas que tenían con ellos muchas consideraciones, se daban aire de vencedores. Su actitud era la de un gran partido político; eran en realidad el corazón y la fuerza, toda la fuerza popular de la contrarrevolución.

Temibles en los campos, eran débiles en París, París arruinado por la ausencia de los nobles y de los ricos, París, sin trabajo ni recursos á la entrada de un invierno cruel, achacaba la interminable duración de la Revolución á la resistencia de los curas. Comenzaba á considerarlos como enemigos públicos. El primero que perdió la paciencia fué el barrio del hambre, el pobre distrito de Saint-Marceau. Esperaron á las puertas de un convento á los devotos que asistían á los conventos de los refractarios para insultarlos. La municipalidad reprimió aquellos des-